

algar



COLECCIÓN
CALCETÍN

La chica de la banda

Pasqual
Alapont



Incidentes con una PSP y un bocadillo de chorizo

Miguel sonrió. Acababa de estrenar la PSP y se lo estaba pasando de maravilla con un videojuego de fútbol. En realidad era una PSP de segunda mano, los ahorros que había reunido por su cumpleaños no habían llegado para una nueva, pero aun así era una PSP 3000 negra y reluciente, y acababa de marcarle un gol al Manchester United, el equipo que tanta gloria había dado al fútbol inglés. A Miguel le dieron ganas de correr con los brazos en alto para celebrarlo. Había soñado muchas veces con que un día le marcaría un gol al Manchester United, y por fin lo había conseguido, aunque el gol fuera virtual. Eso era el principio, poco a poco se enfrentaría con los mejores equipos de Europa y finalmente recibiría el premio de la Bota de Oro, por lo menos en el interior del universo de su PSP 3000 de segunda mano.

Miguel andaba calle arriba con la cabeza metida en su maquinita, preocupado por defender una jugada del equipo rival, y no vio que alguien se acercaba en sentido contrario hasta que se le echó encima, alguien que también sonreía y que hubiera podido evitar tropezar con él con solo separarse medio palmo. Pero ese alguien no se apartó porque no le dio la gana, al contrario, buscó el contacto de una manera tan evidente que en un campo de fútbol se hubiera llevado una tarjeta roja. Miguel levantó la cabeza y se quedó de una pieza. Ante sí tenía al canalla más grande del instituto: Escobar.

Menudo elemento. Escobar, tres sílabas que todo el mundo pronunciaba con temor. Poca gente sabía el verdadero nombre de este individuo, en el instituto todos le conocían por Escobar y los alumnos le tenían más miedo que al demonio. ¡Qué digo! Mucho más, porque nadie se había encontrado nunca con un diablo, y en cambio a Escobar te lo encontrabas casi cada día, tanto si querías como si no. A pesar de que no habían sido debidamente presentados, Miguel conocía de qué pie calzaba este granuja, su fama de bravucón había traspasado las fronteras de su clase y era motivo de leyendas terroríficas entre los alumnos.

—¿Adónde vas tan rápido? —preguntó Escobar.

Lo primero que se le ocurrió a Miguel es que él no iba tan rápido, pero el otro no había hecho la pregunta porque estuviese interesado en calcular la velocidad media de su marcha.

Escobar era un año mayor que Miguel, le sacaba un palmo, y lo miró de arriba abajo con el mismo interés que miraría a un gusano, pensando si lo pisaba o si no valía la pena ensuciarse los zapatos. Sus ojos se concentraron en la PSP 3000 y sus pupilas empezaron a brillar. Parecía como si se hubiera encontrado una pepita de oro.

–Voy al instituto –respondió Miguel.

–Llegas tarde.

«¿Quién era aquel energúmeno para decir si llegaba o no llegaba tarde?», pensó Miguel. Se veía a un kilómetro que se estaba pelando las clases, y en cambio le venía con aquel aire de tutor. ¡Menuda jeta! Solo faltaba que le pidiera una entrevista con sus padres.

–Me he entretenido un poco, pero ya me voy.

Miguel se arrepintió por el tono de disculpa; no tenía que dar explicaciones de su retraso.

–¿Qué es eso?

–¿Qué?

Escobar le arrebató la PSP, y a Miguel le dio la sensación de que le extirpaban un órgano vital.

–Una PSP –dijo con tono aflautado.

–¿No sabes que no se pueden llevar juguetes a clase?

–Pensaba esconderla en la mochila y no sacarla hasta llegar a casa.

–Estás jugando con fuego, chaval. Algún profesor te la podría encontrar y tendrías problemas.

–No... creo... que eso... pase. Simplemente no lo creo.

Escobar volvió a sonreír. Tenía unos ojos bonitos, verdes. Hubiese podido pasar fácilmente por irlandés. O por un malvado personaje de Charles Dickens.

–Te diré lo que haremos: yo te la guardaré.

–¡Nooo!

–¿Qué?

–Eres muy amable, pero no es necesario, en serio. Está todo controlado.

Miguel extendió la mano para recuperar la PSP, pero el otro apartó el objeto de su alcance.

–Esta PSP queda confiscada hasta nueva orden –dijo.

Así son los tornados, los tsunamis, las erupciones volcánicas. Dicen que los desastres naturales pueden prevenirse, pero a menudo llegan de improviso, pillan a la gente con la ropa tendida, con los pantalones a medio subir, de repente. Uno está tan tranquilo paseando y de pronto le cae un piano en la cabeza y se acabó todo, los sueños, las esperanzas, todo.

Miguel se rebeló, claro, buscó con la mirada a un representante de la autoridad, a un policía, a un juez, a un tendero, pero no encontró a quién plantear su queja. En un arrebato de rabia golpeó el suelo con los pies.

–¡Devuélvemela! –gritó.

–Devuélvemela o qué...

Buena pregunta. ¿Qué estaría dispuesto a hacer si no se la devolvía? ¿Insultarlo? Si le llamaba idiota, ¿se la devolvería? Conocía insultos más gordos, pero ¿estaba dispuesto a dirigírselos a Escobar? Miguel hizo un último

intento desesperado, como cuando un barco se hunde y alguien da órdenes de arriar un bote.

–¡Devuélvemela o verás tú!

–¿Qué es lo que veré?

No había sido una amenaza concreta, «devuélvemela o verás tú», pero Miguel estaba que echaba humo y el tono había sido de una rabia colosal. Confiaba que hubiera sido suficiente con la exclamación para que el otro entendiera que no iba de broma, pero el caso es que Escobar le había rebotado la pregunta sin inmutarse y a él no le quedaban más argumentos.

–Devuélvemela –repitió sin mucho convencimiento.

Si al menos hubiera evitado el temblor de la voz. Para colmo Escobar se burló de él.

–Devuélvemela, devuélvemela –dijo sin parar de hacer muecas.

Miguel notó que se desmoronaba. Perdida toda esperanza se abalanzó sobre su enemigo. Este no se esperaba el golpe desesperado y se trastabilló, pero se rehízo en el último momento y le arreó un empujón que le hizo caer de culo.

–Se lo diré al director –gritó Miguel fuera de sí.

Ya está. Lo había soltado. Escobar sabía que ahora estaba dispuesto a todo con tal de recuperar su PSP 3000, incluso a recurrir a la máxima autoridad escolar. ¿Qué se había creído aquel fantasma? No le temblaría el pulso cuando lo denunciara, y si lo expulsaban un par de semanas o tres se reiría a carcajadas, se lo tenía merecido.

Escobar lo miró con desprecio, le dio un susto y Miguel se arrastró por el suelo como un gusano.

—Por mí como si se lo cuentas a tu tía —le dijo, y después, masticando cada palabra, añadió—: Pero yo de ti me lo pensaría mucho, te podría caer una piedra en la cabeza y no te podrías peinar en una larga temporada.

Sin prisa, con la cabeza gacha y tecleando la PSP rutilante, aquel botarate siguió el camino que a cada paso lo alejaba del instituto. Miguel se le quedó mirando. Sus ojos brillaban de rabia, no le había dejado ni acabar el partido.

Aquel día las clases pasaron sin pena ni gloria, y, cuando salió al patio, Miguel estaba como aturdido; se le vio caminar solo y apoyarse en la verja que rodeaba el instituto. Tenía pensamientos oscuros sobre la vida y la muerte. En pocas palabras, incluso había perdido el apetito.

Entonces se le acercó Pedro, un compañero de clase. El muchacho, grueso y de maneras suaves, aleteó a su alrededor y al final encontró fuerzas para dirigirle la palabra.

—Eh, Miguel, ¿cómo va eso?

El aludido sonrió, no fue nada del otro mundo, pero para Pedro fue suficiente y entendió el gesto como una invitación para hablar. Se frotó las manos. Las tenía sudadas, siempre las tenía sudadas.

—Menuda rasca, ¿no? —dijo.

—¿Qué?

–Rasca, que hace un tiempo horrible. Aún lloverá más, lo dijeron ayer por la tele, y a mi abuela le duelen las articulaciones; tiene reuma, y eso es señal de lluvia; es como una especie de barómetro, más seguro que la mujer del tiempo.

–Me importa un rábano si llueve. Por mí como si cae un diluvio y lo manda todo a la porra, como si el mundo revienta o como si el Valencia baja a tercera división.

Hubo un silencio, necesario para que Pedro pudiera sentir la profunda decepción de su compañero. El tema del tiempo no había dado para mucho, pero al menos había servido para romper el hielo.

–¿Problemas con las ecuaciones? No soy especialista en matemáticas, lo sabes de sobra, pero, si te sirve de consuelo, puedo...

–No me pasa nada con las ecuaciones.

–Ah, entiendo.

Pero, en realidad, Pedro no entendía el problema que tanto preocupaba a su amigo. Miguel dio vueltas al bocado, arrancó un trozo y lo tiró lejos. Pedro tragó saliva.

–¿De qué es?

–¿Qué?

–El bocata, ¿qué lleva?

Miguel lo miró de arriba abajo; parecía que acababa de llegar al planeta Tierra y que había topado con un indígena.

–Yo qué sé lo que lleva, chorizo y queso, lo de siempre –dio un mordisco al comestible y masticó sin

convicción, como si la harina se hubiera amasado con chicle.

Después miró al horizonte, pero su pensamiento estaba muy lejos. La mano, medio caída, aguantaba el almuerzo, y poco faltaba para que se cayera al suelo y se rebozara con el barro de un charco. Pedro sintió el olor del chorizo curado en un almacén de Teruel, en la falda del sistema Ibérico, y casi perdió el sentido.

–No has venido a jugar a fútbol, te hemos echado en falta –dijo para alejar el pensamiento del embutido de cerdo que tanto le hacía sufrir.

–No me hables de fútbol. Hubiera podido ganar al Manchester United yo solo, había llegado a tocar la gloria con la punta de los dedos, tenía el mundo a mis pies, estaba en el centro del universo, y de repente...

El amigo se revolvió incómodo.

–Oye, no hay que ser un psicólogo para ver que te ha ocurrido algo gordo, pero el recreo está a punto de acabar, y si continúas soltando metáforas me volverás loco. Si no quieres hablar, lo entenderé y te dejaré solo con tus fantasmas futbolísticos, pero si quieres que te ayude..., confía en mí y entre los dos pensaremos algo para resolver tu problema.

Miguel lo miró. Algo en su interior se rompió y entonces se puso a llorar. Se limpió con la manga y Pedro se fijó otra vez en aquel bocadillo que le atraía como un imán poderoso. Un escalofrío le recorrió la espalda; en manos de aquel chico desesperado el chorizo pendía de un hilo.

Entonces, en pocas palabras, Miguel puso a su amigo al corriente del episodio vivido por la mañana, cómo Escobar le había quitado su tesoro más preciado y lo había amenazado por si se iba de la lengua.

A pocos metros de allí, ajenos a los problemas de los mayores, se sentía el griterío de los pequeñajos de Infantil; los pobres inocentes se tiraban por el tobogán sin temer los riesgos que la vida les tenía reservados.

–Está bien, olvídate de la PSP 3000 –concluyó Pedro.

–¿Qué?

–Sé que al principio te resultará difícil, pero concéntrate en las matemáticas, las potencias, las ecuaciones; en la lengua, estudia los hiatos, los diptongos, quizá eso no te haga feliz, pero vivirás una vida ordenada y tranquila.

–¿Qué quieres decir?

–¿Cómo te lo diría? Imagínate que has perdido la PSP, que tenías un agujero en el bolsillo o que se te cayó a un pozo sin fondo. Que resultó defectuosa y no tenías garantía, lo que quieras.

–Pero no puedo olvidar que Escobar me la robó. Era nueva. Bueno, de segunda mano, pero acabada de comprar, con mis ahorros.

–¡Reacciona! –Pedro cogió a Miguel de la manga–. No eres el primero en ser atacado por Escobar. Es un criminal, fíjate que roba los almuerzos de los más pequeños, y a veces ni siquiera se los come, los tira a la papelera o los echa al váter solo por el placer de oírlos

llorar. Y ni te cuento el lío que se monta con las tuberías. Se comenta que en su casa guarda los objetos que ha ido robando a lo largo de su vida delictiva. Se cuentan cosas sobre él que te pondrían los pelos de punta. Escobar es un monstruo, solo obtiene placer metiendo el dedo en el ojo a los demás.

Después del discurso, Pedro soltó a su amigo y se apoyó en la jardinera que rodeaba el patio. Miguel se arregló la camisa y dijo:

– Entonces, deberíamos hacer algo contra ese imbécil, ¿no?

– Sí, apartarnos de él como de la peste. Escobar se ha entrenado para hacer daño desde que iba a Infantil, y si te metes en su camino te machacará sin pestañear.

– Pero es injusto.

– La vida no es siempre justa. Mírame a mí. Estoy a régimen, paso un hambre que me muero, ¿y crees que he perdido ni medio kilo?

Miguel estaba desconcertado, las cosas podían mirarse desde muchos puntos de vista, pero de poco le servía ser uno más de los damnificados de Escobar. No se debería tolerar que los débiles aguantaran las impertinencias y los abusos de los poderosos sin decir ni mu. La profesora decía que tenían que aprender de los libros, que en los libros había siempre una buena solución para todo, pero ¿de qué servía leer las aventuras de un caballero si no podías blandir una espada y abrirle la cabeza al imbécil de Escobar?

No sabía lo que pensar. Le pasó por la cabeza la imagen de un caballero medieval con su maza de hierro, pero el instrumento que blandía no era otra cosa que el bocadillo de chorizo. A su lado, Pedro estaba a punto de sufrir un ataque de nervios.

–Oye –le dijo–. Si no te lo vas a comer, me lo podrías dar, ¿no?

–¿Qué?

–El bocata, digo, es una pena que se estropee.

–Ah, sí, claro.

Miguel extendió el brazo. Entonces una pelota de voleibol que venía del campo de al lado le dio en la mano y el bocadillo cayó en un charco.

–¡Mierda!

Pedro se lanzó sobre el bocadillo, pero en la caída el pan se había abierto y la mezcla había aterrizado en el barro.

–Demasiado tarde –dijo con una rebanada en la mano que goteaba agua sucia–. Creo que ya no se puede hacer nada. Ni yo sería capaz de comérmelo ahora.

Miguel contempló el cadáver de aquel bocadillo y le supo mal por su amigo.

–Lo siento, tendría que habértelo dado antes, sé que te lo hubieras comido con mucho gusto.

Pedro suspiró.

–Le hubiera dado un buen mordisco, claro, pero ¿de qué sirve lamentarse?

Entonces, desde la grada de al lado apareció una chica de unos trece años. Tenía la cara colorada y sudada,

vestía ropa deportiva y llevaba el pelo recogido con unos ganchos. Pamela Doharty.

–*Hi, boys, ¿me dais la pelota, please?* –dijo, y les indicó con un gesto que se dieran prisa, pues quería volver cuanto antes al campo de juego.

Miguel se enfadó.

–*Jai* de las narices, tía. ¿Qué te has creído? ¿Por qué siempre tienes que fastidiar con la pelotita?

Las frases habían sido tan contundentes que la chica se quedó perpleja, e iba responder como pensaba que se merecía Miguel cuando descubrió a Pedro con el pantalado de una sustancia viscosa que nada tenía que ver con la crema de cacahuete.

–*Oh, my God* –dijo–, ¿he hecho yo eso?

–Ha sido sin querer, un accidente –se apresuró a decir Pedro, y en tono de broma añadió–: Nunca sabes cuándo algo caerá del cielo y te abrirá la cabeza, ¿verdad? No tiene importancia, en serio. Vuelve por donde has venido y disfruta de lo que queda de recreo.

–Claro que la tiene –se dolió la chica–. Ay, pobre. Te daré mi almuerzo si quieres. ¿Te gustan los sándwiches de mantequilla y jamón york?

¿Que si le gustaban los sándwiches de jamón york y mantequilla?, ¿a Pedro? Madre mía, los de jamón y los de jamón le gustaban. De todas las razas de sándwiches se comería una docena, y, además, solo de pensar que podía hincar el diente a un sándwich de Pamela Doharty ya se ponía a salivar como un perro.

Pedro sonrió, iba a explicar que tanto daba, que de hecho estaba siguiendo un régimen, cuando Miguel lo interrumpió.

–El bocadillo era mío, idiota –dijo en un tono áspero, como si le importara mucho el almuerzo que unos minutos antes había dado por perdido.

Pamela se mordió los labios. Había metido la pata, de acuerdo, pero no pensaba permitir que un mindundi de su curso a quien sacaba más de un palmo la insultara. Se llevó la mano al bolsillo y sacó unas monedas: todas juntas no sumaban más de un euro.

–Te lo pago –le dijo–. Dime cuánto vale, y si no hay suficiente... –la Doharty empezó a quitarse un pendiente; de la rabia que sentía a punto estuvo de arrancárselo–. Toma, burro, esto vale más que tú y tu bocadillo juntos. Es de plata.

Miguel la miró con desdén.

–¿Dónde quieres que me ponga esta anilla de cortina, en la punta de la nariz?

Pamela Doharty perdió los estribos, y si Pedro no se hubiera interpuesto y la hubiera sujetado con las manos, se hubiera abalanzado sobre el otro y le hubiera hecho tragar un kilo de barro.

–¡Suéltame!

Pedro era fuerte, pero Pamela Doharty se escabullía como una anguila y daba más coces que un caballo desbocado. Una de sus patadas mal dirigidas alcanzó la espinilla del pobre Pedro y este se revolvió de dolor.

–Oh, *sorry*, ¿te he hecho daño? –dijo Pamela, y se arrodilló junto al chico.

Pedro se frotó la pierna; de la herida rezumaron unas gotas de sangre que trató de ocultar.

–No tenías intención de hacerlo, está claro.

–Qué bestia eres –dijo Miguel–. Tendrás que vacunarte contra el tétanos, Pedro.

–No es nada, no exageres –insistió el otro.

–¿Que no? Un tío de mi calle se hizo un corte y por la noche ya no podía mover la mandíbula. Se quedó como una estatua.

Doharty lo miró como si quisiera matarlo, pero Pedro la frenó.

–Basta, Miguel. ¿Crees que tu desgracia te da derecho a hablar así a una compañera de clase?

Miguel bajó la cabeza. Pamela miró a uno y después a otro. No entendía nada.

–Miguel está trastornado –dijo Pedro. Pamela dio un paso atrás–. Oh, no es un loco peligroso, no has de tener miedo, pero ha sufrido un contratiempo apenas hace cuatro horas, y eso explica su comportamiento. Esta mañana un desaprensivo le ha robado un objeto valioso.

Pamela miró detenidamente a Miguel. Este esbozó una sonrisa que no pasó de un apunte. Tenía muy presente la razón por la que se había comportado así con Pamela y ahora se sentía la persona más ridícula del mundo; íntimamente sabía que nada de eso tenía que ver con el maldito bocadillo ni tampoco con el robo.

–¿Qué te ha pasado? –preguntó Pamela.

–Nada, un tío me quitó la PSP 3000.

–Escobar, seguro que lo conoces, el canalla de segundo C –intervino Pedro–. De segundo de segundo –añadió para aludir a su condición de repetidor y mal estudiante.

Pedro y Miguel se rieron de buena gana, pero Pamela se quedó rígida y palideció. De pronto le vino un mareo y se desmayó. Sus compañeros la agarraron uno de cada brazo.

–¿Qué te pasa? –preguntó Miguel.

–Quizá es una bajada de tensión. ¿Comes lo que debes, Pamela? –se interesó Pedro, que conocía por propia experiencia que no se podía hacer régimen sin control médico.

Entonces dio una indicación a Miguel para que sentaran a la chica sobre la jardinera, pero de repente ella se revolvió y se les encaró.

–¡Dejadme, basta ya de manosearme!

Los dos chicos se quedaron boquiabiertos, no entendían a santo de qué tanta agresividad.

–*Give me the ball!*

–¿Qué?

–¡Devolvedme la pelota! –gritó Pamela.

–Sí, claro.

Pedro recogió la pelota del suelo y se la ofreció. Pamela se la arrebató y se manchó el niqui blanco con una salpicadura de barro. No le dio importancia. A con-

tinuación se fue y los dos amigos contemplaron cómo desaparecía detrás de la grada.

–¿Has visto la cara que ha puesto? –preguntó Pedro–. Ha sido nombrar a Escobar y ha reaccionado como si le tuviera alergia.

–Está como una auténtica cabra, la lady burra esta.

–No, Miguel, aquí hay gato encerrado. Me pregunto de qué se trata. Me gustaría saberlo.